ENSEÑAR Y APRENDER FILOSOFIA A PARTIR DEL PENSAR LOGOTECTÓNICO [1]

Martín Zubiria
Universidad de Cuyo

μανθάνειν οὐ μόνον τοῖς φιλοσόφοις ἥδιστον
Aristoteles, *De arte poetica*, 1448 b 13

No ha de ser ciertamente una pretensión exagerada. ¿Qué cosa? Partir del hecho de que, en plena Posmodernidad, un pensar completamente ajeno a esta última y que le reconoce, sin embargo, sentido, verdad, autonomía, ha cerrado el círculo de sus tareas. Un pensar semejante, que en un primer momento dio en llamarse "topológico" y sólo más tarde "logotectónico", a causa de su índole edificatoria, se da a conocer no en un discurrir acerca de la investigación y de sus métodos, sino en su propia obra, en lo hecho por él mismo. ¿Y qué es eso? Digámoslo sin ambages: un milagro; el milagro nacido de una pureza que todo lo transfigura y que se manifiesta como una palabra "paradojal", porque vive lejos del ágora y no anda a la caza de oídos que la escuchen. También de ella vale lo dicho por Heidegger acerca de la palabra de la filosofía, aquello de que no cuenta cuántos son los que tienen oído para ella.[2] No podría ser de otro modo, puesto que para el pensar mismo, la única palabra que, por su parte, *cuenta*, es la que introduce una diferencia fundamental en la totalidad de lo pensado. Pero una palabra se-

[1] Este texto, con ligeras modificaciones y añadidos, es la versión española del que, redactado inicialmente en alemán, ofrecimos el 1° de abril de 2004 en el XVI Coloquio Internacional – Heribert Boeder: Topologie der Metaphysik und Logotektonisches Denken – organizado por el Centro Fenomenológico de Praga.- Los textos citados en las notas, si no se menciona expresamente el autor de los mismos, son todos de H. Boeder.

[2] M. Heidegger, "Vom Wesen der Wahrheit", § 8, en: *Wegmarken*, Frankfurt/M., [2]1978, p. 196.

mejante no es simplemente la de un individuo, y ni siquiera la de una facultad humana como la 'ratio', sino la de la inteligencia, la de un saber irreductible al entendimiento.

La filosofía ha reconocido desde su misma aparición la diferencia que media entre inteligencia y entendimiento – basta con asomarse a los fragmentos de Heraclito para verlo –, y aun cuando ha sabido explicarla de diferentes maneras a lo largo de su historia, lo cierto es que en cada caso hace de la inteligencia, en cuanto saber de lo necesario, el fundamento del entendimiento, en cuanto saber de lo posible. En tal sentido, la inteligencia ve en el entendimiento una figura imperfecta de sí misma. Así lo enseña expresamente Santo Tomás: 'defectivus quidam intellectus est ratio'.[3] No es nuestro propósito, sin embargo, ocuparnos ahora de esta cuestión, tan elemental como bien conocida. Lo que nos importa señalar al respecto es sólo lo siguiente: que en la esfera de la modernidad en sentido singular, la diferencia mencionada se ha mantenido, bien que al precio de una transformación mundanal. La meditación heideggeriana sirve de ejemplo inequívoco al respecto, en cuanto mantiene rigurosamente separados el "interrogar pensante", su "mirada esencial" ("Wesensblick") y el "sano entendimiento humano"con su "desdichada irritabilidad",[4] esto es, con su supeditación indiscriminada a cuanto pueda ofrecérsele como "estímulo".

Esa separación declara su modernidad, sin embargo, ya por el hecho de anular toda diferencia entre "inteligencia" y "entendimiento", para identificar así la "ciencia" con el "pensar calculante". Sólo así se comprende que Heidegger oponga a la ciencia y su seguridad, la pobreza de una meditación donde se esconde "lo promisorio de una riqueza, cuyos tesoros brillan en el esplendor de lo que, siendo inútil, jamás puede ser objeto de mero cálculo".[5] Frente a tal riqueza, todo saber filosófico que reclame para sí la forma propia de la ciencia es lo nulo que debe quedar librado a su propia suerte.

Pues bien, esa diferencia entre el "pensar meditativo" y el conocimiento "lógico", que ignora su verdadera destinación, no podía dejar de resonar en el novísimo pensamiento logotectónico; tanto más cuanto que éste, ya desde un comienzo, halló en el presente histórico, por un lado, lo concentrado de la meditación heideggeriana, y por otro, "los extravíos de la erudición y del aficionarse con lo que es materia de otras ciencias."[6] Juicio que vino a fructificar en la observación siguiente: "La dispersión absoluta del pensamiento se manifiesta en la forma de la monserga. Ésta no se identifica con la

---

[3] *Summa contra gentiles*, I, 57.

[4] M. Heidegger, loc.cit.

[5] M. Heidegger, "Wissenschaft und Besinnung", en: *Vorträge und Aufsätze*, Pfullingen [4]1978, p. 66.

[6] "Das Verschiedene im 'anderen Anfang'", VII. En Ute Guzzoni, Bernhard Rang und Ludwig Siep (eds.), *Der Idealismus und seine Gegenwart. Festschrift für Werner Marx zum 65. Geburtstag*, Hamburg, 1976, pp.3-35.

ausencia de pensamiento del parloteo vano, porque, a diferencia del mismo, ataca el lenguaje; no es azaroso que recurra precisamente a una terminología científica supeditada a la univocidad y la reduzca a una serie de cepos lingüísticos que sólo sirven para dar manotazos al aire. Pero, incluso en tal caso, el lenguaje continúa siendo 'comunicativo' y encuentra sus 'recipientes'. Así es como lo 'entendible' se reparte en no pocos entendimientos."[7]

La diferencia entre pensar "esencial" y pensar "lógico", constitutiva para la meditación heideggeriana, pervive en la logotectónica, tras haber experimentado la debida transformación. Lo cual nos introduce, sin más preámbulos, en el tema de esta conferencia. Pues para el pensar logotectónico, una vez desaparecida la necesidad de recelar de la "razón", de la "ciencia" y del "concepto" ('Be-griff'), lo otro que él no es sino la comprensión imperante de la filosofía, lo que suele entenderse por ella en los círculos académicos, y el modo habitual de cultivarla. De allí que guarde distancia frente al extendido culto del preguntar, no menos que ante la costumbre, afianzada por los usos escolares, de servirse de los problemas inherentes a la faena escolar para no ver una tarea que aprieta en pro de su resolución. Ésta, tal como ha sido comprendida por la logotectónica, "no necesita de pregunta alguna, sino sólo del atender a lo dicho y, por ende, de la vigilia."[8] En consonancia con ello, la logotectónica se mantiene insensible ante la demanda actual en materia de argumentación. Toda sensibilidad al respecto ha de ver por sí misma cómo la satisface, "si es que puede satisfacerla en absoluto. Puesto que, en rigor, tal demanda es, por doquier, infinita."[9]

Estas observaciones "críticas", que desde hace algo más de una década se han vuelto recurrentes en los escritos de Heriberto Boeder, aun cuando se ocupen de algo que parece accidental y ajeno al edificio mismo del pensar logotectónico, merecen ser oídas con la mayor atención; entre otras razones, por lo que hay en ellas de reconfortante para quien es capaz de diferenciar: "Se conoce hasta la saciedad la disposición de que hace gala la filosofía, sea que se la solicite o no, para ofrecer a los problemas prácticos que acucian en cada caso a la opinión pública, a falta de soluciones racionales, al menos conjeturas racionales para la discusión [de los mismos] y, en última instancia, una discusión racionalmente conducida. Es en esta última, por cierto, donde la filosofía parece tener desde siempre su única e incontrovertible realidad; en tal discusión se eterniza, incluso en el caso de no poder hacer gala de progreso científico alguno. Pues bien, permítasenos salir al encuentro

---

[7] loc.cit.

[8] "Die conceptuale Vernunft in der Letzten Epoche der Metaphysik", "Die conceptuale Vernunft in der Letzten Epoche der Metaphysik" [La razón concipiente en la Última Época de la Metafísica], en: *Abhandlungen der Braunschweigischen Wissenschaftlichen Gesellschaft* 43, 1992, 345-360; p. 360.

[9] "Logotektonisch Denken", [Pensar logotectónicamente], en: *Sapientia*, 1998, 15-24; p. 16.

de la misma, programada como está para nunca acabar, con un platónico χαίρειν ἐᾶν, es decir, dejémosle el gusto, supuesto que lo sea."[10]

En la medida en que la Logotectónica traza un abismo entre ella y toda forma de actividad filosófica que pueda ser calificada de mero trabajo erudito e incluso de "negocio"; puesto que, en efecto, no tolera vínculo alguno, si se prescinde de las posiciones lingüísticas del presente, con el llamado "filosofar" actual – ya que no puede "salir al encuentro del ataque librado contra el logocentrismo del pensar occidental (...) discutiendo, sino sólo edificando"[11] –, se sitúa de intento y como por anticipado en una soledad que tiene, ya de suyo, el valor de una amonestación. La singularidad de ese aislamiento, que, en rigor, es sólo una apariencia vana, no responde pues a la falta de interés de un tercero ni a nada semejante, porque procede, ante todo, de un simple perseverar. ¿En qué? En "mantenerse en el presente del pensar actual, sin hacerse oír con los demás; esto es, con aquellos que llevan la voz cantante de la filosofía en este hoy, en lo que tiene de cotidiano. Sin hablar con los demás significa luego, en primer término: sin dejar que a uno le impogan los temas de que hablan, sin venir a ofrecer una contribución a los mismos."[12] En estas palabra reaparece ya, bajo una nueva figura, lo que fue otrora la distinción entre entendimiento y razón, y luego, en la modernidad en sentido singular, la distinción entre el pensar calculante, para el cual "sólo es real lo que se puede medir" (Max Planck) y el meditativo, vecino del poetizar.

Es a propósito de tal distinción, que nos hemos propuesto llamar la atención, en lo que sigue, sobre algunos pasajes escogidos de entre los escritos de Boeder, que son, además, particularmente esclarecedores en lo que atañe a la cuestión del aprendizaje y de la enseñanza de la filosofía. Como no podía ser de otra manera, puesto que la filosofía entendida como la actividad utilitaria propia de una industria o de un negocio ['Philosophie-Betrieb'],[13] o incluso como una fonda, como lugar donde todo el mundo bebe y come y habla en voz alta ['*Denkwirtschaft*'],[14] se da a conocer ante todo en la universidad, allí donde la filosofía sigue siendo, tradicionalmente, un objeto

---

[10] "Die Unterscheidung der Vernunft", [La distinción de la razón], en: *Osnabrücker Philosophische Schriften* 1989, 10-20; trad. española en: H. Boeder, *El límite de la modernidad y el legado de Heidegger*. Trad. y notas Martin Zubiria, Buenos Aires, 2003, pp. 101-109.

[11] "Logotektonisch Denken" (cf. nota 9), p. 21.

[12] "Veritas seditiosa" en: *Seditions. Heidegger and the Limit of Modernity.* Translated, edited and with an introduction by Marcus Brainard, New York 1997, p. 4. Recuérdese al respecto lo dicho por Schiller en la novena de sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*: "Vive con tu siglo, pero no seas su criatura".

[13] En relación con la necesidad de diferenciar la filosofía del 'Betrieb', palabra que no significa simplemente "actividad", sino la operación propia de una máquina, un negocio, una industria, cf. Hegel, *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, Prefacio a la 2da. edición.

[14] Nietzsche, *KStA*. 7, 739, pp.23-27.

de enseñanza. Pues bien, si la logotectónica vive de espaldas a la filosofía como industria ['Betrieb'], bien podemos suponer que ello obedece a una comprensión de la cosa propiamente dicha de la filosofía, que ha de afectar, por fuerza, a la enseñanza y al aprendizaje de la misma.

Permítasenos advertir en estos preliminares, que si aquí se habla tanto de lo uno como de lo otro, "a partir del pensar logotectónico", el giro "a partir de" ha de entenderse de dos modos. Por un lado en sentido *temporal*, pues nos referimos a una enseñanza y un aprendizaje determinados históricamente en un presente donde la logotectónica, habiendo dado cima a su tarea ha afianzado de manera ya definitiva su propia presencia, en relación con la cual todo trato con la filosofía ocurre en un antes o un después. Por otro lado, el "a partir de" tiene un sentido *modal*, en la medida en que la enseñanza y el aprendizaje de marras viven en la luz de la logotectónica, en el espacio que sólo abre el reconocimiento de lo verdadero.

I

No es necesario hacer ver en este lugar, que el trato académico con la filosofía presenta, ya desde hace largo tiempo, la figura inequívocamente "moderna" de una actividad denominada "investigación". Así considerada, la filosofía poco o nada se diferencia, en nuestros días, del resto de las ciencias. Pues, entre tanto, también en los ámbitos filosóficos lo único que cuenta parece ser el hecho mismo de que se investigue, en la convicción de que sólo de ello depende, según se dice, la "vida" de una determinada disciplina científica; como si la filo-SOFÍA fuera un asunto de interés puramente académico y no, en rigor, lo que ha sido, al igual que la σοφία amada por ella, desde siempre, para el pensar: una piedra de escándalo contra la que chocan y se quebrantan, irremisiblemente, las opiniones de los mortales. Opiniones que, si bien se mira, no siempre viven de manera aislada, como lo supo Parménides. Porque también se vinculan entre sí, para formar una suerte de tejido resistente, denominado por Hegel "sistema de la opinión y del prejuicio",[15] que reclama para sí, con gesto imperativo, el honor debido a la filosofía. Es así como Leibniz habla de la "philosophie vulgaire", o bien, de la "philosophie superficielle".[16] Eso era en los albores del siglo XVIII, y uno bien podría preguntarse si ya no hay en "nuestro tiempo" una filosofía semejante. Las δόξαι βροτῶν, ¿han desaparecido acaso del escenario filosófico? En absoluto. Se las encuentra incluso por doquier, allí donde la investigación se ha enseñoreado de la filosofía, allí donde, como consecuencia de ello, el aprendizaje y la enseñanza respectiva suelen reducirse al tormento de azacanearse con la llamada "literatura secundaria", y donde la filosofía misma termina

[15] Hegel, *Ph.d.G.*, Introducción (ed. Hoffmeister), Hamburgo ^{6}1952, p. 68.
[16] Carta quinta, a Clarke, § 26, 61.

convertida en una provincia más dentro de ese sombrío reino llamado "Especialización", a propósito de cuyo sujeto – el llamado *especialista* –, que muy luego suele convertirse en un hábil administrador de fondos para la investigación, resulta difícil dejar de recordar un epigrama de Schiller titulado, no ya "Filosofía", sino simplemente "Ciencia", que dice así:

> "Diosa ella es para uno, divina y sublime; el otro
> vaca robusta la ve, buena manteca le da"[17].

Quien identifica su destino filosófico con la pertenencia a uno de los incontables grupos que integran el reino de la investigación, ya no necesita detenerse a pensar en algo por demás inquietante: que "no hay ningún acuerdo general y seguro acerca de la delimitación del campo de la filosofía y de un proceder que le sea propio".[18] Esta situación resulta a todas luces desalentadora, porque aun cuando la filosofía pretenda hallarse en un pie de igualdad con las ciencias, al menos desde el punto de vista institucional, "se deja sentir una cierta perplejidad cada vez que alguien pretende informarse acerca del método universalmente válido de la misma o del objeto propio de sus investigaciones."[19]

En consonancia con ello, el aprendizaje de la filosofía, cuyo gran telón de fondo, por así decir, es la convicción *moderna* acerca del gran equívoco en que se halla inmersa la tradición filosófica, consiste ante todo, en llegar a conocer un cierto repertorio de "problemas", que resulta seguramente grato tener por insolubles, el adquirir criterios para orientarse en el 'mare magnum' de la bibliografía, el familiarizarse con tal o cual "corriente" filosófica, con las cautelas metodológicas del caso y, al mismo tiempo, con los términos y los giros de un lenguaje propio. Los contenidos filosóficos propiamente dichos, la verdad substancial de los mismos, reducida a una mera cuestión de perspectiva en función de los intereses particulares, se ve relegada, en cambio, a un segundo lugar, sin que ello deba asombrar a nadie, porque "mientras las verdades no se nos claven en el alma tal cuchilladas – dice Nietzsche –, hay cierto menosprecio en el fondo de nuestra actitud hacia ellas: nos parecen todavía harto semejantes a los 'sueños emplumados', como si fuesen algo que podemos tener o no tener, ¡como si algo de ellas estuviese librado a nuestro antojo!"[20]

---

[17] Johann Wolfgang von Goethe, Wilhelm von Humboldt, Jakob Burckhardt, *Escritos sobre Schiller seguidos de una Breve Antología Poética*, Selección, Traducción, Introducción y Notas de Martín Zubiria, Madrid, ed. Hiperión, 2004, p. 147.

[18] "Was vollbringt die Erste Philosophie?" [¿Qué consuma la filosofía primera?] en: *Mitteilungen der Technischen Universität Braunschweig* VII, n° 3, 1973, 3-10. Trad. española en: H. Boeder, *El límite de la modernidad...*, cf. nota 10.

[19] *Das Vernunftgefüge der Moderne* [La arquitectónica racional de la modernidad]. Friburgo/Munich, 1988, p. 361.

[20] Cfr. *Aurora*, § 460.

Por eso, y ahora le damos la palabra otra vez a Boeder: "en la filosofía entendida como industria o negocio se ha impuesto la opinión, de que, a la hora de aprender, lo fundamental es poder criticar. Pero esto es sólo el lado complementario de un aprender que se malentiende como un simple repetir lo ya dicho. Semejante alternativa sofoca lo que ante todo importa cuando se trata de aprender a pensar a partir de lo pensado: ejercer la contención ante el pensamiento..."[21] Ya para la posición heideggeriana es falso el dilema de "o repetición o crítica"; y en particular la llamada "actitud crítica", siempre dispuesta a cultivar "las virtudes del castor y de la hormiga", revela una mentalidad cuyo fruto característico es la investigación, situada en las antípodas del pensamiento esencial: "Hallar cosas nuevas e inventar son cosa de la 'investigación' y de la técnica. El pensar esencial ha de decir siempre sólo lo mismo, lo antiguo, lo más antiguo, lo primordial, de manera primordial."[22] Insistiendo en este mismo sentido, Heidegger advierte sin vacilar: "Aquí no se trata de investigar, sino de prestar atención, meditativamente, a algo simple".[23]

Pues bien, esta actitud, lejos de haber desaparecido junto con la Modernidad en sentido singular ['die Moderne'], ante la irrupción posmoderna del pensamiento anárquico, se mantiene incólume en la logotectónica. Pues también ésta milita a pie cerrado contra aquella ceguera, aquel desentenderse de la pregunta por lo único que verdaderamente cuenta, aquel "olvido" cuyas manifestaciones académicas ha sabido estigmatizar mediante el rótulo de "filosofía como industria (o negocio)". Aquí uno podría preguntarse: ¿con qué autoridad?

II

Tan pronto como se ha comprendido, siguiendo el derrotero del pensar logotectónico, que el 'munus' propiamente dicho de lo que ha sido históricamente el 'amor sapientiae', consistió en llegar a concebir un saber inicial acerca del destino del hombre, una σοφία, el antiguo modo de comportarse ante la filo-σοφία como ante un conocimiento que posee por derecho propio la dignidad de un *saber*, recobra su sentido pleno. La razón principal para abstenerse de la discusión, para no intervenir en ella, reside por cierto en lo

---

[21] "Veritas seditiosa", op. cit.

[22] GA 54, p. 114; cfr. Platón, *Gorgias* 482 a.

[23] *Vortraege und Aufsaetze*. Pfullingen 4.1978, 206. Sólo en vista de esto simple o esencial, el aprender se determina para Heidegger en los siguientes términos: "Aprender significa: hacer que el obrar se corresponda con aquello de esencial que en cada caso se nos asigna. Según la índole de eso esencial, según el ámbito del que procede, en cada caso, su palabra de aliento, el corresponder y con ello el modo del aprender resultan diferentes" (*Was heißt Denken?*, Tübingen 3.1971, p. 49). De lo que se trata para Heidegger, de manera característica, es de aprender el pensar, no "la filosofía". Cf. GA 55 (*Heraklit*), p. 190.

siguiente: "por de pronto, aprender y sólo aprender, entiéndase bien, aprender el pensar a partir de lo pensado de la filosofía; y más precisamente esto y sólo esto: atender a la destinación de la cosa del pensar, a lo que da de pensar."[24] Pero lo pensado de tal modo posee, históricamente, la determinación de lo sabido y su forma es, por ende, la de una "intelección", la de una "doctrina" e incluso la de una "ciencia". Para decirlo en el lenguaje de la Primera Época: νόησις, δίδαγμα, μάθημα.

¿Y a qué se debe esto de poder ver en la filosofía ya no un "olvido destinal", sino la fuerza vinculante de un saber epocalmente diferenciado? Al ejercicio de una concentración inaudita en aquello que la filosofía primera "ha sido o, mejor, ha hecho".[25] El descubrimiento progresivo, debido a esa misma concentración, de lo hecho por la filosofía en cuanto metafísica, se vio animado por un propósito de simplicidad elemental: "respetar y honrar (la metafísica misma) como la ciencia primera siempre presente".[26] Presente por sí misma y no por el albur de un interés particular. No fue, pues, el bien conocido afán por dar con un "tema" de investigación lo que provocó la aparición del pensar logotectónico, sino la decisión fundamental de "escuchar la tradición con sosiego, esto es, sin la indiferencia de un interés accidental por ella, ni el afán del ataque o la defensa".[27] Fue así como la comprensión heredada de lo que ha sido la filosofía experimentó una transformación inimaginable. Ocuparse de ello, en el sentido del aprender, supone la capacidad, poco frecuente, para contemplar de manera incesante un 'novum', pues lo que la logotectónica expone no es "una definición, ni una representación general de la misma [de la filosofía], sino lo que ella ha consumado",[28] un todo, diáfano en sí mismo, de Historia, Mundo y Lenguaje.

En relación con ese todo viene a cuento aquello que Goethe dijo cierta vez a Eckermann: "La desdicha es que (...) nadie quiere alegrarse con lo ya producido, sino que cada cual quiere, a su vez, producir. (...) Por lo demás, no hay ninguna seriedad que mire por el todo, ningún sentido que mueva a realizar algo por el todo, sino que sólo se busca el modo de poner de relieve la propia personalidad y de situarse ante los demás con la mayor notoriedad posible. (...) Por doquier es el individuo quien quiere mostrarse como digno de aplauso y en ninguna parte damos con el esfuerzo honrado de alguien capaz de sacrificar a la perfección del todo, de la obra, el brillo de su propia personalidad."[29] Sería un error pensar que esto tiene poco que ver con la

---

[24] "Veritas seditiosa", op.cit..

[25] *Das Bauzeug der Geschichte. Aufsätze und Vorträge zur griechischen und mittealterlichen Philosophie* [El armazón de la historia. Artículos y conferencias sobre filosofía griega y medieval], ed. G. Meier, Würzburg 1994, p. 303

[26] *Topologie der Metaphysik* [Topología de la Metafísica], Friburgo/Munich 1980, p. 15

[27] "Fruitio Dei", en: *Das Bauzeug...* (cf. nota 25), p. 363.

[28] "Was vollbringt die Erste Philosophie?" (cf. nota 18).

[29] Eckermann, *Conversaciones con Goethe,* 20.4.1825

filosofía. La logotectónica ha llamado expresamente la atención al respecto, y en particular a propósito de la denominación kantiana de la metafísica, la de "compañera de la sabiduría": "Precisamente esto es la metafísica pensada a partir de su tarea. ¿Acaso se escucha algo de esto en la filosofía identificada con la erudición? Kant lo supo bien: 'Por la sabiduría nadie pregunta, porque pone a la ciencia, que es una obra de la vanidad, en grandes aprietos' (XVI 66, 13). El 'amor' a la sabiduría tiene que llevar a cabo en sí mismo la diferenciación respecto del narcicismo."[30]

Semejante diferenciación, crucial sin duda cuando se trata de aprender, comienza por el reconocimiento de que el trabajo profesional con la filosofía no basta para ver allí un filosofar: "Difícilmente un filólogo o un historiador habrá de considerarse a sí mismo como un poeta y un artista, o incluso como un hombre religioso a causa de su ocupación con la poesía y el arte o la religión. En la filosofía las cosas se ven de otro modo. Cada ocupación con ella puede entenderse, sin más, como una forma de filosofar."[31]

Pero entonces – la pregunta se impone de suyo –, ¿cuándo se filosofa? La respuesta "moderna" a esta cuestión, la de Heidegger verbigracia, ya no puede invalidar, en virtud de la determinación logotectónica del presente, lo que antes respondiera Hegel: "...en la medida en que se conoce el contenido de la filosofía, no sólo se aprende a filosofar, sino que se filosofa ya realmente."[32] El filosofar no cancela pues, en modo alguno, el aprender. "En la misma medida en que el estudio filosófico es un obrar autónomo, es también un *aprender* – aprender una ciencia *ya presente* y desarrollada. Ésta es el tesoro de un contenido ya obtenido, elaborado y configurado; y tal herencia, existente a la mano, ha de ser ganada por el individuo singular, esto es, ha de ser *aprendida*."[33] ¿Y qué se logra con ello? Por de pronto, una protección eficaz contra la fatuidad, cada vez más extendida, de querer tener pensamientos propios: "La filosofía tiene que ser *enseñada y aprendida*, no menos que cualquier otra ciencia. El desdichado prurito de educar para pensar por sí mismo y para producir por cuenta propia, ha puesto esta verdad en un cono de sombra, como si, cuando yo aprendo lo que es substancia, causa o lo que fuera, *yo mismo* no pensara, como si *yo* no *produjese* por mí *mismo* tales determinaciones en mi pensamiento, sino que las arrojase en él como *piedras*.

---

[30] "Die conceptuale Vernunft in der Letzten Epoche der Metaphysik", p. 351.

[31] *Die Vernunftgefüge der Moderne*, p. 361.

[32] *Werke in zwanzig Bänden*, vol. 4, p. 410.

[33] Op.cit., p. 412. Precisamente en el mismo sentido destaca Hegel en el mismo contexto – p. 410 – lo siguiente: "es de la mayor importancia llegar a conocer ese contenido y *recibir* esos *pensamientos en la cabeza*. El comportamiento gris, meramente formal, la búsqueda vacía y el andar dando vueltas de manera interminable, el razonar o el especular asistemático, tienen por consecuencia la vaciedad de contenido, la vaciedad de pensamiento de las cabezas, de suerte que *no son capaces de nada*."

..."[34] Entonces la verdadera originalidad puede consistir sólo en lo siguiente: "en producir algo enteramente universal. La manía del pensar por sí mismo lleva a que cada cual engendre algo más disparatado que el otro."[35]

La índole de la filosofía, su libertad, esa su dignidad que consiste en ser por sí misma objeto del aprender, resulta de todo punto incompatible con la actitud "práctica" de quien ve en ella sólo un instrumento al servicio del trabajo erudito. Bien es verdad que para aprender la filosofía en los términos en que lo reclama su propia naturaleza se ha de cumplir con una condición general que Hegel explica en estos términos: "Pero creo poder aceptar como cierto, que la exposición de la filosofía en las universidades, sólo puede cumplir con lo que de ella se espera – *una adquisición de determinados conocimientos* –, si adopta un curso preciso, metódico, que abarque el detalle y sea *ordenador*."[36]

Precisamente esto es lo que la logotectónica ofrece del modo más perfecto a quien esté empeñado en aprender: la posibilidad de adoptar un curso ordenador para la mencionada adquisición de conocimientos o, lo que es lo mismo, la posibilidad de realizarla mediante un movimiento armonioso, puesto que "racional" y, por eso mismo, bello. Y sin que deba considerárselo, además, como un curso rígido que obliga a moverse en una dirección única. Pues, si para la logotectónica esos conocimientos son los que constituyen las tres totalidades mencionadas, Historia, Mundo y Lenguaje, éstas, en la medida en que resultan igualmente necesarias para el presente del inteligir, no se articulan entre sí según relaciones de anterioridad y de posterioridad; de allí que no se encuentre determinado de manera fija el punto de partida del aprender. Lo decisivo es poder reconocer aquél presente, porque, a partir de ello, uno puede decir ya con Parménides: ξυνὸν δέ μοί ἐστιν ὁππόθεν ἄρξωμαι· τόθι γὰρ πάλιν ἵξομαι αὖτις ("me es indiferente desde dónde comenzaré, pues a ese mismo lugar retornaré otra vez", B 5). En cuanto a la idea de un presente destemporalizado, ella sólo se ve repelida por el Mundo de la meditación "moderna", porque para el amor a la sabiduría, aquél que supo darse a sí mismo la figura de la ἐπιστήμη, de la 'doctrina', de la 'Wissenschaft', la razón pura es ajena al devenir ('supra tempus').

El todo de cuanto, por haber sido pensado, puede ser aprendido, el todo de Historia, Mundo y Lenguaje, posee, puesto que no es un mero 'positum', una figura triádica,[37] en orden a la cual el pensar recupera su vida propia, esa libertad que sólo consiste en tener que háberselas consigo mismo. La logo-

---

[34] Op.cit., p. 411; "un pensamiento – añade Hegel –, no puede ser aprendido de otro modo, sino por el hecho de ser *pensado* él *mismo*", p. 422.

[35] Vol. 20, p. 419.

[36] Op.cit., p. 422.

[37] Y no circular, como pensé alguna vez, porque lo heterogéneo de las totalidades que la integran impide un movimiento continuo dentro de la misma. (Debo esta penetrante observación al Lic. Emiliano Acosta).

tectónica ha mostrado, en efecto, cómo el pre-juicio "moderno" que hace de la cosa un 'prius' absoluto frente al pensar, sólo es válido dentro de los límites del Mundo de la modernidad. En él, lo mismo que en la esfera posmoderna del Lenguaje, la supeditación incondicionada a las cosas y a los llamados "problemas reales" de la vida hace del pensamiento una suerte de ilota: "He aquí que uno está preocupado por el futuro de la humanidad, toma parte en los sucesos actuales y se pregunta, cada vez que ello es posible: ¿qué hacer? Porque con tal preocupación uno se sabe en compañía."[38] Pocos testimonios más elocuentes al respecto como el artículo aparecido hace algunos meses en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, titulado "Nuestra renovación. El nuevo nacimiento de Europa", escrito al alimón por Derrida y por Habermas. En el aprendizaje de la filosofía "a partir" del pensamiento logotectónico, el pensar deja de estar enajenado; quien aprende a partir de él ya no se ve a merced de las llamadas "cosas", de aquello que, en cada caso, se presenta como lo dado, porque el contenido propiamente dicho del aprendizaje posee la forma de lo pensado, en tanto que las cosas todas quedan relegadas a la condición, para decirlo con Plotino, de un πάρεργον θεωρίας, [39] de un "apéndice del pensar".

La logotectónica no sólo ha descubierto de manera progresiva el todo de lo pensado; también ha sabido hacerse cargo del mismo y edificarlo mediante un orden de 'rationes' en lo diáfano de su propia inteligibilidad. Para quien así lo ha comprendido, es literalmente imposible ver en la logotectónica una corriente más, por así decir, dentro de lo variopinto de la llamada "oferta actual" de la filosofía. En la medida en que lo pensado ha sido edificado por aquella como un todo, no puede haber fuera de la logotectónica, a pesar de lo extraño que esto pueda sonar, algo pensado, en el sentido de la filosofía. Dicho en términos aristotélicos: καὶ παρὰ ταῦτα οὐκ ἔστιν ἄλλως. [40] Las consecuencias que de aquí se desprenden para el aprendizaje de la misma son de una magnitud insospechada. La primera de ellas consiste en poder reconocer que cada pensamiento, cada doctrina filosófica, considerada por sí misma, esto es, fuera del lugar que ocupa dentro del todo, carece, en última instancia, de fundamento. Pues en un presente cuyos momentos son Historia, Mundo y Lenguaje, tener un fundamento significa precisamente esto: tener un lugar, un τόπος. Y así, lo que justifica el aprendizaje de tal o cual doctrina filosófica, no estriba en el ser de la misma, sino en el hecho de que tenga un lugar o, lo que es lo mismo, en que posea la forma de una 'ratio' cuyos términos son "destinación" (o "norma", 'Maßgabe'), "cosa" y "pensar".

Aquí debemos detenernos para precisar una vez más, sobre todo en relación con el aprendizaje y la enseñanza, que el pensar logotectónico no es

---

[38] "Das Verschiedene im 'anderen Anfang'", IV.

[39] Plotino, III 8, 8, 26.

[40] De arte poetica, 1453 b 36.

un "método" ni puede ser reducido a método alguno. Con mayor razón todavía si este término es entendido en su acepción "moderna", i.e., como una forma, cuyo contenido es siempre algo no sólo dado, sino particular, sea cual fuere la índole del mismo. Historia, Mundo y Lenguaje empero, son un todo en cada caso y los tres se integran en "una totalidad de totalidades".[41] Más acá de la Modernidad en sentido singular, más acá de la posmodernidad incluso, sólo la logotectónica logra mantener viva la atención sobre el todo de lo pensado, en lugar de distraer a quien se entrega al aprendizaje de la filosofía con algún objeto aislado, sea éste cual fuere, para imponerle así como norma del aprender lo accidental de un interés particular o de un juicio engendrado por la sola erudición. Escuchemos al respecto, en qué términos la Logotectónica se enjuicia a sí misma: "Un pensamiento que ni tiene o impugna una cosa, y que tampoco se halla sometido a una destinación. ¡Qué pobreza frente a las *rationes* de la misma Modernidad en sentido singular, e incluso de la posmodernidad! Un pensamiento, cuyo único trabajo es la *epoché*, el contenerse ante lo consumado por el pensar; en una secuencia del diferenciar que se vuelve íntegra, por cierto, y plena. Una pobreza semejante y manifiesta, ¿logra diferenciarse, al menos, de aquella miseria velada consistente en cultivar, en la filosofía, esta o aquella preferencia?"[42]

III

¿Y qué es lo que hay que aprender, en suma, "a partir del pensamiento logotectónico"? Él mismo nos lo dice: "Aprender a diferenciar – esto es todo. Más aún: aprender a diferenciarlo todo; de ello se trata. Pero, ¿como? Aprender a diferenciar un todo, en sí y respecto de sí. Sólo así surge el todo de aquello que, habiendo sido pensado, introdujo una diferencia fundamental. Lo pensado por la filosofía de nuestra historia, por la meditación de la modernidad, por las impertinencias de nuestro presente. (...) lo pensado en el sentido de aquello que Occidente ha conocido como *sophía*, como sapientia, como sabiduría."[43]

Pero una vez que el diferenciar mencionado ha sido aprendido, de suerte que uno puede ya respirar libremente, por así decir, en el elemento de la logotectónica, la enseñanza filosófica en modo alguno queda restringida a la exposición siempre reiterada de lo ya aprendido, de las enseñanzas, bien que siempre nuevas, siempre asombrosas, de la logotectónica. Tal reiteración escolar resulta inadmisible porque la enseñanza filosófica, en la medida en

---

[41] Cf. "Vom Schein einer Heraklitischen Dialektik" en: M. Riedel (ed.), *Hegel und die antike Dialektik*, Frankfurt/M. 1990, p. 106.

[42] "Logotektonisch Denken", p. 22.

[43] "Die Tektonik des Submodernen Denkens im Schein ihrer Kunst", en: *Sapientia* 1999, p. 173.

que sabe preservar su libertad, la que le impide cobrar la rigidez de lo mecánico, en la medida, pues, en que corre parejas con el propio aprender, es siempre una empresa interminable, una "actividad infinita", y ello, valga la paradoja, dentro de los límites fijos y determinados de un todo inteligido como tal: el del presente de cuanto hay para aprender. La infinitud del aprender y del enseñar, tratándose de la filosofía, no ha de confundirse pues con aquello que a los ojos de Aristóteles es la fealdad de lo condenado a ser siempre imperfecto.[44] Y si no cabe tal confusión, es porque la infinitud mentada obedece a la naturaleza misma del diferenciar y no a una indeterminación de su objeto. Si tanto el enseñar como el aprender resultan una tarea infinita, ésta, como ocurre con la vida del espíritu (νοῦς) concebida por la filosofía al comienzo de la Época Media, por recordar aquí a Plotino una vez más,[45] lo es sólo en el sentido de un incremento incesante de la θεωρία y de la felicidad que ello comporta.[46]

El aprendizaje de la filosofía "a partir del pensar logotectónico" no se ve reducido a ninguna disciplina filosófica en particular, a ninguna "corriente", a ningún "tema" ni, mucho menos, a los llamados "problemas de la recepción". Estos últimos ni siquiera logran ingresar en el campo de la atención, con lo cual queda en salvo, "el derecho" de aquel criterio tectónico según el cual "sólo importan los pensamientos que introducen una diferencia fundamental en el todo."[47] De allí que *sólo* tales pensamientos – adviértase el maravilloso alivio que brinda esta restricción – sean los que la logotectónica ofrece como materia del aprender. Y si ellos son diferentes por su dignidad, son iguales en cuanto a su derecho, puesto que integran un mismo todo. Creemos que con esto último basta para alejar de quienes se acercan a la logotectónica aquella preocupación y aquel temor de lo parcial, que "demasiado a menudo", según Hegel, "procede de esa debilidad que sólo es capaz de una superficialidad inconsecuente y heterogénea."[48]

El aprender lo pensado, o lo sabido, por una posición determinada, permanece concentrado en la 'ratio' correspondiente. Pero esto no excluye en ningún caso el estudio de las fuentes respectivas. La 'ratio' muestra, antes bien, el porqué de una posición e instaura de ese modo aquella claridad definitiva donde el ocuparse de lo pensado deja de ser un buscar, un preguntar, un andar a tiendas, un desesperado tratar de oír lo no dicho, para volverse, en lugar de ello, el gozoso hallazgo de aquel alimento de que habla Platón en el mito del *Fedro*. Sólo en relación con tal 'nutrimentum spiritus' valía la pena

---

[44] Cfr. *Ret.*, 1408 b 27.

[45] Cfr. *Enn.* VI, 7, 14, 11-15; 17, 25-27.

[46] Cfr. *Eth.Nic.* X, 8, 1178 b 30.

[47] "Die submoderne Prägung der Linguistic Analysis", en: *Abhandlungen der Braunschweigischen Wissenschaftlichen Gesellschaft*, vol. LI, 2002, p. 159.

[48] *Werke in zwanzig Bänden*, vol. IV, p. 317.

para los griegos, volverse un "alumno", un μαθηματικός.[49] Al margen de la diferencia que la separa de la dialéctica platónica, o de la doctrina fichteana de la ciencia, la logotectónica tampoco puede ahorrarle a nadie el esfuerzo que significa ver las cosas – todas las cosas – por sí mismo. Es uno mismo quien debe ver el todo, y ello, por obra de un movimiento circular y continuo que confiere a lo aprendido determinación, profundidad y pureza en orden creciente. Sólo en la posesión progresiva de cuanto ha sido consumado por la inteligencia diferenciada en sí misma y respecto de sí misma, la enseñanza y el aprendizaje de la filosofía dan cumplimiento a su destinación contemporánea.

Es así como la logotectónica se muestra, a la luz de la belleza persuasiva de lo edificado por ella, como una doctrina "perfecta", en la medida en que ha cumplido cabalmente su tarea. La fuerza de su integridad parmenídea rechaza toda posibilidad de incrementarla en algún sentido, toda corrección o mejora, todo proyecto que, a partir de ella, mire hacia el futuro. Esa misma integridad suya trae consigo una quietud insospechada, por demás incómoda para la representación, donde lo pensado abandona la exterioridad del devenir. Aquí no hay nada por hacer, ni nada que "esperar".[50] Pero no porque el futuro se haya vuelto indiferente, no porque medie la renuncia posmoderna a las expectativas de la modernidad en sentido singular, sino porque el todo de la logotectónica, es el de un presente tan indiviso como aquél de la Musas. En él no hay lugar para la expectativa, ni para el mero continuar, ni para la ceguera de un sucederse en el sentido en que lo expresa nuestra lengua con el giro familiar del "dale que dale". El teólogo Javier Giordano, mi colega y entrañable amigo, que es además un sanísimo poeta, tiene razón al decir que quien toca a la Logotectónica experimenta, como la mujer del Evangelio, que "la hemorragia" – ese como incontenible sucederse de una doctrina filosófica tras otra –, cesa. Pero el presente, ahora descubierto, del "cómo es" o, para ser más precisos, el presente de la identidad entre "cómo es" y "cómo debe ser", trae consigo no sólo quietud, en tanto que sana, sino un gozo inmarcesible.

Y ello, porque, a diferencia de las posiciones anárquicas de la submodernidad – para limitarnos a lo más inmediato y dejando de lado otras posiciones como las de Husserl, o Wittgenstein, o Dilthey –, la logotectónica no ofrece al pensar preguntas apremiantes, ni "problemas" que reclamen de manera perentoria una solución. En los escritos de Derrida, por ejemplo, se encuentran expresados a cada paso requerimientos de esa índole: ya se trate de explicar la relación con Hegel, o de analizar la jerarquía de la oposición dual, que se restaura por sí misma inecesantemente, o de liberar el lenguaje para la

---

[49] Cf. Des Places, E., S.J., *Lexique de la langue philosophique et religieuse de Platon*, Paris, „Les Belles Lettres" 1970, ad voc. μαθηματικός, "qui s'adonne à l'étude" (Tim. 88 c 1; R. V 475 e 1).

[50] Cf. Heidegger, *Gelassenheit*, Pfullingen ^{7}1982, p. 35.

futura matematización del mismo, etc. Esto es algo que, por lo visto, a muchos les resulta estimulante. La logotectónica, por su parte, no coloca al que aprende ante ninguna fatalidad, ante ningún esfuerzo desesperado, como el de la deconstrucción, por ejemplo, que "en la antigua trama del lenguaje (pretende) deshacer incesantemente el tejido".[51] Un trabajo de Sísifo de esa índole, es algo que la logotectónica no promete a quien aprende. Y tampoco conoce ella eso otro que se aplaude por doquier, el estímulo propiamente dicho de cualquier "proyecto filosófico", la convicción moderna de que todo debería ser de otro modo.

¿Y qué ocurriría, si todo estuviese "bien", si todo se mostrase a nuestros ojos como "bueno"? ¿Qué, si el lenguaje del pensar fuese al mismo tiempo el de la alabanza? Una idea semejante está condenada de antemano, como la filosofía misma, a ser impopular. Tanto más, cuanto que se sustrae a la posibilidad de hacer de ella un objeto de investigación. Pues aquí lo necesario no es un "pensar crítico", sino el puro agradecer en la forma de una concentración sostenida.

Heidegger había determinado "el saber esencial", o "el respeto cuidadoso" ('die Achtsamkeit'), como "el retroceder ante el ser".[52] La logotectónica no se limitó a ver ese retroceder como una figura moderna del temor reverencial (αἰδῶς) conocido por el Saber de las Musas; también supo transformarlo: "el pensar contemporáneo quisiera recuperar el respeto por sí mismo, allí donde renunciando a sí mismo se vuelve hacia lo pensado en cuanto tal".[53] Precisamente esa renuncia vino a dar en la edificación logotectónica de la palabra de la sapientia. "Esto es, dicho de manera submoderna, un 'arte povera'. Ella se sabe deudora ... de la "tranquilidad de amables pensamientos, hija de la justicia" (Pítica VIII 1). Se halla en una actitud de sosiego ante el todo de la historia y el mundo del pensar. Sosiego que obedece a la intelección de los fundamentos de la integridad de ese todo. En el reconocimiento libérrimo de lo ya consumado."[54]

No sólo por este reconocimiento, sino por haber sabido ver en él la destinación propiamente dicha del aprender filosófico, la logotectónica enseña lo que nada ni nadie fuera de ella es capaz de enseñar.

Al final de su tratado sobre "Leibniz y el principio de la filosofía moderna", Boeder cita estas palabras inolvidables del propio Leibniz en una de sus cartas a Clarke: "c'est un malheur des hommes de se dégouter enfin de la raison même et de s'ennuyer de la lumière".[55] Leibniz no habla de un error

---

[51] *Positions*, Paris 1972, trad. M. Arranz, Valencia 1977, p. 33.

[52] GA 54, p. 5.

[53] "Heideggers Vermächtnis", en: Ewald Richter (ed.), *Die Frage nach der Wahrheit*, Frankfurt/m. 1997, Schriftenreihe / Martin-Heidegger-Gesellschaft, vol. 4, p. 123.

[54] "Die Tektonik des Submodernen Denkens im Schein ihrer Kunst", en: *Sapientia* 1999, p. 185.

[55] Leibniz, Fünfter Schreiben an Clarke, § 114.

de los hombres, sino de una desdicha. Discutir sobre una desdicha, no tiene sentido. Pero para quien busca entregarse al aprendizaje de la filosofía es una desdicha permanecer alejado de la logotectónica. Esa desdicha consiste, para decirlo con el mismo Leibniz, "en tener que seguir comiendo bellotas, habiendo sido ya descubierto el trigo" ('inventa fruge, glandibus vesci').[56]

Cierta vez, al considerar retrospectivamente su camino, Heidegger fue terminante al decir aquello de: "los ojos me los puso Husserl".[57] Por poco que se piense lo que tal declaración significa, pronto se advertirá que, cuando se trata del pensar, sólo cuentan aquellos ojos que uno recibió alguna vez como aquel don inesperado que viene a colmar el más profundo anhelo.[58] Cada cual sabe, supuesto que lo haya recibido, a quien debe agradecer ese don. Permítaseme expresar, para terminar, que yo agradezco a la logotectónica por mis ojos. Y no sólo por ellos, sino también por la casa de la inteligencia, espaciosa, elegante, hospitalaria, que ha sabido edificar. Porque en ella, y no ya en ningún refugido de leñadores, el pensar contemporáneo puede, como en lugar alguno, no sólo aprender, sino *habitar*.

Abstract

The aim of this essay is to consider what it means to teach and learn philosophy in accordance with logotectonic thinking. The contemporary obsession with critical thinking, incessant questioning, and addressing "current problems" gains its genuine philosophical meaning only in the light of logotectonic building, which is able to differentiate philo-sophical thinking – as thanks-giving and learning from the *sofia* and what has been thought – from the modern "meditation" (*Besinnung*) and the submodern "anarchic" reflection.

[56] loc.cit., § 113.

[57] *Ontologie (Hermeneutik der Faktizität)*, GA 63, 1995, p. 5.

[58] "Si uno no espera, no hallará lo inesperado" (Heraclito, B 18).